



# Festival de creación literaria

para niños, jóvenes y universitarios

**2024**

The bottom half of the page features a vibrant, abstract graphic design. It consists of several thick, rounded rectangular bars in red, yellow, and green, arranged in a way that suggests a stylized letter 'E' or a series of horizontal lines. A large, yellow, curved shape resembling a 'C' or a 'D' is positioned on the right side, overlapping the other elements. The background is a solid light blue, and a blue triangular shape is visible in the bottom right corner.



Presentamos los cuentos y dibujos ganadores del Festival de Creación Literaria para Niños y Jóvenes 2024, organizado por el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas, el Pregrado en Literatura, Universidad de los niños y Apropiación Social del Conocimiento. Estas creaciones son una muestra de la comprensión que los niños, jóvenes y universitarios tienen de las quebradas de la ciudad, el prisma y la luz, el universo de emociones y la selva.



# Categoría 1

Quebradas de la ciudad

Modalidad: cómic o historia gráfica

Participantes de 8 a 10 años





# Segundo puesto

# Donde hay agua hay vida

Miguel Botero

Colegio Montessori





# Categoría 2

Universo de emociones

Modalidad: Relato breve de 1.000 palabras de extensión

Participantes de 11 a 14 años



## Primer puesto

# Marcus

Maximiliano Ocampo

Colegio Salesiano Santo Domingo Savio

¿Se puede estar muerto mientras se está vivo? Algunos dicen que la muerte es una nueva vida, una en la que no existen los latidos ni los pensamientos ni mucho menos las emociones, esas que te hacen único, pero al mismo tiempo igual a los demás, invitando a cada nervio de tu cuerpo a una fiesta perpetua.

El sol ya empieza a colarse por las ventanas del hospital cuando la enfermera entra con una actitud indiferente a la habitación.

—Buenos días, Marcus —dice sin mucho entusiasmo.

—Buenos días, señorita—responde él con su voz de señor, una voz grave como la del oso y ronca como la del pato, melancólica por los tiempos pasados.

Tiempo atrás, Marcus tenía una larga cabellera dorada y unos ojos verdes con mucha personalidad. Vestía engalanado, siempre con reloj en mano. Pero, como dicen por ahí, el tiempo no perdona: las pocas canas que ahora cubren su vieja cabeza resaltan su mirada nostálgica, su cuerpo está cubierto por una bata y el reloj está colgado en la pared.

«Diez millones de personas mueren al año por cáncer, una sombra silenciosa que se infiltra en el cuerpo roba amaneceres y transforma días cálidos en noches inciertas». Palabras de un noticiero como cualquier otro, pero que tienen la cabeza de Marcus dando vueltas sobre sí misma. «¿Qué hay después de la muerte?», se pregunta en algunas ocasiones. «Puede haber un dios supremo o que la reencarnación exista... o tal vez no haya nada, supongo», piensa también.

De vez en cuando, Marcus no es el anciano enfermo del hospital; de vez en cuando, se refugia en su mente; de vez en cuando, va a un mundo imaginario donde todo es posible; de vez en cuando, va a donde todo es mejor. Se encuentra a sí mismo en diciembre de 1950, el año en el que su corazón encontró otro con el cual latir como uno solo.

Para Marcus el amor era como el océano: lleno de misterios y maravillas; como el fuego: que calienta el alma e ilumina el corazón; como la primavera: cuando florecen colores vivos y fragancias dulces. Para Marcus, el amor era Aurelia, esa desconocida que dejó de serlo un día como cualquier otro, esa chica que conquistó su mirar, esa mujer que se ganó sus besos, esa dama que se volvió la razón de sus latidos.

—Tome sus pastillas señor —dijo repentinamente la enfermera, interrumpiendo los pensamientos de su paciente.

Es la rutina diaria en la vida de un anciano a punto de morir: tomar pastilla tras pastilla. Pocas veces su alma ha sentido emociones intensas y pocas veces sus manos las han expresado en cartas. Como aquella vez en 1952 cuando su corazón, más no su mente, tomó fuerzas para convertir la tinta en palabras, y las palabras en mucho más que solo palabras.

*Querida Aurelia*

*Es con el corazón más pesado que jamás he conocido que te escribo esta carta. Las circunstancias que nos rodean, las murallas de nuestra sociedad, se han alzado entre nosotros. Aunque mi amor por ti es inquebrantable, nuestras diferencias sociales se han convertido en un abismo sin salvación.*

*Cada día sin ti será una eternidad. Tu risa, tu voz, la luz en tus ojos... todo lo que amo de ti permanecerá en mi memoria como un dulce, pero doloroso recuerdo. Te amaré por siempre, aunque nuestros caminos se separen aquí. La tristeza que siento es profunda e indescriptible, como una sombra que no se desvanece.*

*Con amor eterno, tu amante.*

—Es hora de la cena Marcus —menciona suavemente la enfermera, frenando de nuevo el disocio de su paciente.

—Voy a morir, señorita.

—Claro que no.

—Te diría que le dejaras un mensaje a alguien que amo... si lo tuviera.

—Piensa en algo positivo.

Entonces, piensa Marcus: «¿Algo positivo? ¿Qué es el positivismo? A veces es difícil pensar en felicidad, a veces siempre y a veces nunca. Momentos felices fueron aquellos como mi graduación, cuando conseguí mi primer trabajo y también cuando renuncié, cuando por fin obtuve mi licencia de conducir y cuando compré mi primer auto. Todavía recuerdo un poco la felicidad. Después de llegar de la escuela, mi madre solía esperarme en la sala viendo televisión, para después sentarnos en la mesa. Preparaba mi pasta favorita todos los viernes. Solíamos cepillarnos los dientes juntos y luego íbamos a la plaza a comprar el mercado del día siguiente».

La vida es un universo de emociones; un día estás saliendo del vientre de tu madre y al siguiente el cronómetro de la vida está por detenerse. Todo puede pasar en un solo segundo y ¿al final qué es lo que queda? El amor te llena el alma y le permite a tu corazón latir. En contraste, la tristeza te carcome, pero te enseña a ser fuerte. Luego, la felicidad es tan necesaria como el respirar; eso es lo que nos hace ser humanos.

—Ya es hora de dormir, Marcus, y al parecer no has muerto todavía. ¿Tal vez sea el destino? —menciona la enfermera, mostrando, no demasiado, pero más afecto que antes.

—Dejémosle eso a la incertidumbre del mañana. Supongo que esto es un hasta pronto.

—Buenas noches, Marc. Dulces sueños.



## Segundo puesto

# El olvido de unos felices para siempre

Antonia Baena

Colegio Montessori

Este mundo era mi universo de emociones, solo con una peculiaridad: había sido corrompido por un agujero negro que dejó solo vagos recuerdos que serían la luz en busca de mi alegría. ¡Todo en mi mundo era tan placentero! Hasta que lo perdí abruptamente en la oscuridad que, pronto, extendió sus manos con el fin de abrazarme y arrastrarme junto a lo que una vez fue mi creación.

Este mundo consistía en dos protagonistas: mamá y papá, quienes fueron también los responsables de la devastación de este lugar. Recuerdo débilmente este sitio, donde la calidez y el afecto navegaban sigilosamente por el aire, manteniéndome viva. Poco sabía yo que pronto ya no quedaría más aire, sino otros elementos, como la tristeza y el dolor, que me sofocarían letalmente. La pregunta es, en medio de todo el caos, ¿dónde estaban mamá y papá? Los creadores de esta travesía estaban ocupados luchando contra sus propios demonios en un océano sin fondo en el que cada vez se hundían más. El rechazo y la indiferencia pronto desataron un revuelo, el cual causó que dejaran de lado su patrimonio, su legado, a su hija.

Y así comenzó esta gran discordia. Mientras mi madre se mantenía en pie, tratando de esconder los demonios internos que poco a poco la arrastraban a este terrible agujero, mi padre intentaba llenar su vacío con la ayuda de más estrellas que colmaran su cielo de esperanza. Cruelmente, apagaba otras atmósferas, al hacer que sus astros se quedaran sin luz. También intentaba corromper mi mente para que yo viajara con él a otro planeta y dejara a mi madre abandonada. En esta lucha, ¿dónde estaba yo? Me sentía atrapada en medio de dos tiranos que no eran capaces de enfrentarse a sí mismos y recurrían a mí como escudo o salvavidas, algo que tarde o temprano me arrastraría a su miseria.

Este mundo, ya rodeado por tantos conflictos, me aferra a un universo de emociones convertido en un nudo que no puedo desatar, donde cada planeta parece estar fuera de su órbita, al borde de un abismo interminable que me atrevo a llamar “el vacío de la desilusión”. Donde estoy rodeada por estrellas muertas que significan mi limitada alegría y por agujeros negros que me recuerdan el riesgo de caer en una nube de gravedad intensa que no atrae nada más que la apatía.

Al mirar a mi alrededor, siempre veo dos caminos: mi mamá y papá. Estos caminos, por supuesto, están separados, y soy yo quien debe decidir por cuál navegar. La incertidumbre es mi mayor freno, uno que me hace mirar hacia atrás y contemplar lo que alguna vez fue mi mayor satisfacción y mi mayor luz. ¿Quién diría que las dos personas que más amo me arrebataron todo lo que tanto disfrutaba de manera tan repentina y misteriosa, dejándome atrapada en un laberinto sin salida?

Lo peor es que, cuando finalmente logro decidir qué camino escoger, aparece una cometa de fuego, proveniente del sendero opuesto. Con sus poderosas llamas hace arder mis emociones, manipulando mis creencias para que cambie de parecer y opte por la otra ruta. Esto le conviene a mis padres, que buscan sentir mi cercanía y así construir nuevas experiencias en mí, dependiendo de con cuál de los dos esté. Cada vez que esto sucede, me recuerdo una y otra vez lo resistente que soy, porque si no fuera por mi capacidad de ser tolerante, en este momento ya habría perdido la cordura y lo poco que me queda de mí misma.

En este momento me siento flotando en una nube densa en la que emociones como el estrés y la soledad me abruma y hacen que esta nube crezca sin dejarme espacio para percibir la tranquilidad entre tanta oscuridad. Me pregunto una y otra vez: ¿por qué camino estoy dispuesta a transitar? A estas alturas, volver a mi hogar no era una opción, de hecho, ya no tengo un hogar. En mi mundo se ha desatado la mismísima caja de Pandora, liberando cada mal, cegando a mis padres y desterrándome hacia lo más profundo del universo.

Hay días en los que mi único pasatiempo es sentarme, en medio de la nada, a contemplar la inmensidad del universo. Observo los planetas, las estrellas y demás astros que representan la belleza de mi pasado y la incertidumbre de mi futuro. ¡A veces me siento tan agotada de estar sola y tan incomprendida por los demás! La nostalgia y el dolor me visitan con frecuencia; son mis únicos compañeros.

¿Por qué todo no vuelve a ser como antes? Desearía que mi mundo volviera a ser ese cálido hogar donde era una niña inocente, criada con el amor de mis padres, sin conocer el dolor ni el desamor. Ahora, estoy obligada a madurar y a enfrentar todo por mi cuenta, convertida en una viajera sin hogar.

Ya no tengo nada que perder, nada más que rescatar. Entonces, si no tengo nada que arriesgar, ¿por qué no aventurarme y encontrar un rayo de esperanza en lo más oscuro? Puedo construir una nueva trayectoria lejos del egoísmo de mis progenitores, un lugar donde encontraré el verdadero significado de la paz. Nada volverá a ser como antes, y eso está bien. Es solo otro cambio, uno que me hará florecer. Me hará completamente autónoma en un nuevo universo de emociones en el que seré la autora de mi propio destino.





# Categoría 3

El prisma y la luz

Modalidad: Relato breve de 1.000 palabras de extensión

Participantes de 15 a 18 años



# Un viaje a la eternidad

Tomas Bernal

Colegio Montessori

La penumbra de la habitación se quebró por un rayo de luz que, con delicadeza, se filtraba por la estrecha abertura de la ventana. Aquella solitaria franja iluminaba el polvo en suspensión, confiriéndole un brillo casi mágico. En medio de esta danza de partículas, un prisma descansaba sobre la mesa. Su forma triangular reflejaba un arcoíris tímido en las paredes. Era un objeto sencillo –aparentemente insignificante–, pero para Dinorah, la anciana que ocupaba esa solitaria estancia iba a representar la llave a un nuevo universo de posibilidades.

Dinorah había pasado años encerrada en esa habitación, atrapada por la debilidad de su cuerpo. Sin embargo, tenía una mente que nunca dejó de explorar. Había sido una decoradora dedicada a descifrar las relaciones entre la luz y el color para generar refinados espacios. Ahora, en sus años postreros, el prisma era el único objeto que conservaba de lo que adquirió en aquella época. Mientras observaba cómo el rayo de sol se descomponía en un abanico de colores, sentía que podía revivir su pasado y percibir secretos ocultos.

Cada día, Dinorah repetía el mismo ritual: ponía el prisma en distintos ángulos y observaba cómo la luz cambiaba y creaba patrones y colores nuevos. Aquella actividad – aparentemente simple– se había convertido en una meditación, en un puente hacia recuerdos de épocas más activas y fecundas. Pero, más allá de la nostalgia, el prisma ofrecía algo más: una ventana a lo inexplorado.

Un día, algo extraordinario sucedió: mientras ajustaba el prisma, una luz diferente emergió. No sólo se descompuso en colores, sino que proyectó formas que se movían y cambiaban. Era como si el prisma se hubiera convertido en un portal hacia otra dimensión. Dinorah, con el corazón acelerado, se acercó más. Las formas se volvieron más nítidas, y configuraron paisajes y criaturas que jamás había visto.

«¿Es esto un sueño?»–se preguntó–, pero todo se sentía demasiado real. Decidió tocar la proyección con su mano temblorosa. Para su asombro, su mano no atravesó la luz como esperaba. En vez de eso, sintió una resistencia, como si la luz fuera una sustancia tangible. Su piel, bañada en el espectro de colores, parecía vibrar con una energía nueva.

Movida por una mezcla de curiosidad y esperanza, se dejó llevar. Poco a poco, su cuerpo fue absorbido por la luz. Lo último que vio de su habitación fue el polvo brillando a su alrededor, antes de ser envuelta completamente por el resplandor.

Al abrir los ojos, se encontró en un lugar completamente distinto. No estaba en su habitación, sino en un vasto prado bañado por una luz dorada, bajo un cielo que era una mezcla de colores en constante cambio. Las plantas y flores emitían su propio fulgor y el aire estaba cargado de una energía vibrante. Mientras caminaba por este nuevo mundo, Dinorah sentía una ligereza en sus pasos, como si su cuerpo hubiera recuperado la vitalidad perdida hacía tanto tiempo.

Pronto, se encontró con seres que habitaban ese lugar. No eran humanos, pero poseían una belleza y una serenidad que le resultaron acogedoras. Sus formas eran etéreas, cambiantes y se adaptaban a la luz que los rodeaba. Se comunicaban, no con palabras, sino con ondas de luz que transmitían emociones y pensamientos. Jamás había contemplado un escenario así de precioso.

Uno de estos seres, que irradiaba un cálido resplandor azul, se le acercó. Con una proyección de luz le mostró imágenes de su propia vida: su juventud, su vida laboral y su solitaria vejez. Luego, la figura se desvaneció y en su lugar surgió una visión del prisma que la había traído allí. Comprendió entonces que ese objeto era más que un simple cristal elegante; era una puerta entre mundos, activada por su propio anhelo de descubrir y comprender su destino.

El tiempo en ese lugar carecía de sentido. Podían haber pasado horas o años; Dinorah no lo sabía ni le importaba. Sentía felicidad explorando y aprendiendo en una realidad donde la luz era el lenguaje universal.

Sus compañeros etéreos le enseñaron a manipular la luz con la misma facilidad con la que ella solía manejar su metro. Descubrió que podía crear formas, mover objetos y comunicar su imaginación en niveles que nunca imaginó posibles.

Un día, mientras miraba una sombra luminosa, tuvo una revelación. A través del prisma, no sólo había encontrado un nuevo mundo, sino que había trascendido las limitaciones de su existencia terrenal. Aquí, en este universo de luz, su mente y su espíritu podían alcanzar nuevos niveles de comprensión y podía expresar su creatividad al máximo, algo que nunca había logrado hasta ahora.

Sin embargo, una parte de ella aún recordaba la calidez de su antigua vida, los rostros de aquellos que amaba y los momentos que había vivido. Decidió entonces que debía regresar, aunque solo fuera para despedirse de su pasado y compartir su descubrimiento.

Regresó al punto en donde había entrado a este mundo, invocando el prisma con su mente. La luz que la rodeaba se condensó, envolviéndola en un vórtice de colores que la transportó de vuelta a su habitación. Al abrir los ojos, el familiar polvo que brillaba en el rayo de sol le dio la bienvenida. Pero ahora había una diferencia: el prisma seguía proyectando aquella luz mágica, como un recordatorio de que el portal seguía abierto.

Mientras miraba el prisma, una claridad se apoderó de su mente. Comprendió que su regreso a la habitación no era un verdadero retorno a la vida. Las imágenes de la vitalidad y alegría que había sentido en el otro mundo eran indicios claros: Dinorah había experimentado el viaje de su alma hacia la luz.

Con serenidad, aceptó la verdad. Recordó el significado de su nombre: "mujer luminosa o de luz" y entendió que siempre había estado destinada a encontrar esa dimensión donde la luz era el lenguaje universal. Ahora, sabía que estaba muerta en el sentido tradicional, pero que había pasado a una existencia en la que podía ser verdaderamente luminosa, y eso le brindaba vida.

Agradecida por la paz interior que sentía, Dinorah cerró los ojos una última vez en su habitación, sabiendo que, gracias al prisma, la luz estaría con ella, y ella con la luz, para siempre.



## Segundo puesto

# El prisma de la vida

Laura Caycedo

Colegio Colombo Británico

Todo comenzó hace una década, cuando nuestro emperador fue elegido. Tenía grandes propuestas para aumentar la productividad del Distrito Imperial. Despertó la esperanza en nosotros cuando dijo que todo iba a mejorar y aseguró que seríamos ricos. Escondió, en la cárcel imperial, el Gran Prisma que le daba color a nuestro mundo. Decía que estaba en un gran salón, protegido y aislado de cualquier individuo para evitar que, así como descomponía la luz, tuviera el mismo efecto en nuestras vidas. Según él, los colores disminuían la productividad y nos distraían, así que solo permitió la existencia del blanco, el negro y el gris.

Mi vida perdió el color. Me costaba recordar cómo se veían los colores primarios. Antes me encantaba ir al campo y ver las gamas de azul en el cielo y el verde en el césped y los árboles. Contemplar las flores y las hojas que cambiaban su tonalidad con las estaciones. Algunas noches, al dormir, todavía podía ver, en mis sueños, esos colores tan vivos y hermosos que alguna vez conocí. La alegría ya no era parte de la vida diaria. Estaba cansada de ver los mismos tres colores, todos los días, y no podía hacer nada al respecto. Aunque todos estábamos en la misma situación –tristes e inconformes–, nadie sabía cómo devolverles el color a nuestras vidas.

Hace un año fui al mercado. La bolsa que tenía la compra cayó y un hombre me ayudó a recoger todo. Le agradecí y respondió: «Cuida lo que hay adentro». Me asusté mucho. Al llegar a casa entré, aseguré la puerta, cerré las cortinas y revisé la bolsa. Encontré un pequeño prisma, réplica del que había escondido el emperador. Había escuchado de la existencia de estas reproducciones, pero era un delito preguntar por ellas. Fui a mi habitación, me encerré en el clóset, halé la cuerda que encendía la luz de ese pequeño espacio y puse el prisma en el suelo. Me senté y observé, extasiada, cuando todo empezó a llenarse de los colores del arco iris y mi mundo volvió a brillar.

Vi cuando la ropa, los zapatos y las paredes volvieron a la vida. Ya no me veía en blanco y negro; mis manos tenían color. Luego de unos pocos minutos, el prisma dejó de funcionar y todo volvió a ser blanco, negro y gris. A la semana siguiente, cuando volví al mercado, llevé el prisma, pensando que si encontraba al hombre de la semana anterior podría preguntarle cómo hacerlo funcionar nuevamente. Lo vi. Me hizo un gesto y, al acercarme, me dijo que se llamaba O'Brien. Le dije que me llamaba Julia. Cambió mi réplica inactiva del prisma por otra que traía escondida en su chaqueta.

Por varias semanas repetí aquella rutina: iba al mercado a hacer mis compras y aquel hombre ponía en mi bolsa el objeto prohibido a cambio del que ya no funcionaba.

Cada vez que lo utilizaba me encerraba en el clóset y veía cómo todo recobraba color, pero al terminar el efecto me sentía vacía. Era muy difícil seguir mi vida habitual. Un día, O'Brien me preguntó si me podía acompañar. Sorprendida, asentí. Creo que ansiaba, tanto como yo, que su vida volviera a tener color para recuperar el sentido de su existencia.

Una vez en casa seguí la rutina: cerré las cortinas, me aseguré de que las puertas estuvieran bien cerradas y me encerré con aquel extraño en el clóset. Puse el prisma en la mitad y encendí la luz. El espacio volvió a tener color. Aprecié su cabello marrón y sus ojos cafés, su chaqueta terracota y su camisa azul. Luego, como siempre, tan rápido como aparecieron los colores, se desvanecieron. Su cara reflejaba asombro. Nos quedamos un buen rato sentados en silencio. Se volvió habitual que, cada semana, después de intercambiar los prismas, disfrutáramos juntos de aquel mundo lleno de color. Para no levantar sospechas, íbamos a un lugar diferente y solitario. Un día fuimos a un parque de diversiones abandonado y otro día a un cine viejo al que nadie acudía. Al compartir el tiempo con O'Brien y tener su amistad, esos momentos hicieron que la vida fuera mejor.

Una mañana salimos del mercado, rumbo a mi casa, y al abrir la puerta encontramos varios policías imperiales apuntándonos con armas de corto alcance. No podía comprender lo que estaba pasando. Nos esposaron. Sabía que usar el prisma estaba prohibido, pero no me arrepentí: de no haberlo hecho, la tristeza me habría consumido.

Solo quería volver a ser feliz. Durante todo el camino sentí ira y me culpaba por haber replicado la experiencia multicolor en un sitio diferente al clóset de mi casa, por haberla compartido con O'Brien, por haber sido arrestada. Después de un largo recorrido llegamos al gran edificio de la cárcel. Miré a mi cómplice, tratando de convencerme de que lo sucedido no había sido una mentira. En sus ojos veía arrepentimiento, pero ya era demasiado tarde para eso. Nos llevaron, dentro de la cárcel, por pasillos estrechos y después llegamos a uno más amplio. Un policía imperial iba delante de nosotros y otros dos se ubicaban unos metros atrás. De repente, en el mismo tono de voz de ese primer encuentro –ya tan lejano–, O'Brien me dijo: "Todo tendrá sentido".

No quise prestar atención. Giré mi cabeza hacia el lado opuesto y vi el Gran Prisma, en un salón enorme, protegido por una urna de cristal. O'Brien me hizo un gesto para que fuera hacia el Gran Prisma. Sin importarme nada, corrí en dirección al salón. Los guardias salieron tras de mí, pero él se abalanzó sobre ellos para retenerlos, mientras me miraba con complicidad. Le devolví una mirada de confianza y seguí corriendo con todas mis fuerzas. Cerré mis ojos y empujé la urna de cristal. Pude ver, con claridad, todo un arco iris inundando mi existencia.

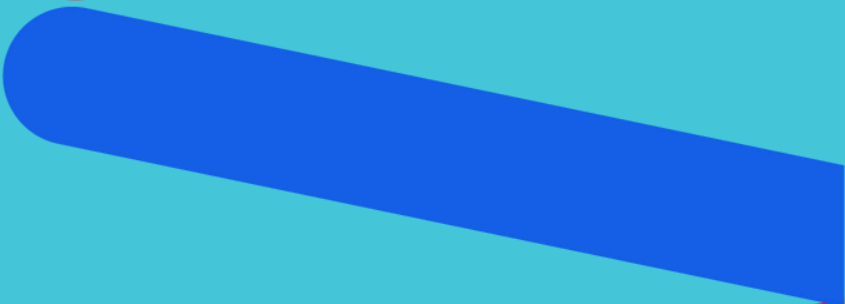




# Categoría 4

La selva

Modalidad: Relato breve de 1.000 palabras de extensión  
Participantes de 19 a 22 años



## Primer puesto

# Querido papá

María Alejandra Escobar

Universidad Pontificia Bolivariana

¿Te acuerdas del libro de la selva que me compraste en la tienda de la esquina, la de la señora Luz? Era un libro de tapa dura, pero un poco desgastado en las puntas. Las hojas, ahora amarillas por la humedad, guardaban dibujos coloridos de diferentes animales y partes de la selva.

La señora Luz tenía un montón de juguetes que no podíamos permitirnos: carritos de plástico, muñecas con pelo de tela y pelotas de diferentes colores. Normalmente no te pedía nada de lo que me pasaba horas mirando desde la cuadra del frente porque no me gustaba cuando me respondías con un semblante triste y amargo que no te alcanzaba o que esta vez no habías podido vender todo lo que habías llevado al mercado. Pero ese día te rogué que me compraras ese libro porque yo quedé enamorado de los animales de la portada. Quedé embelesado porque no podía creer que existieran animales diferentes a los que ya había visto en el pueblo: las vaquitas del señor Alberto, los perros de la finca de doña Marta y las gallinas locas y bullosas de la vecina.

Recuerdo que abrías el libro casi todas las noches a la luz de la vela en mi escritorio y contabas la historia de un niño que descubría la selva. ¡La contabas con tanta naturalidad!, como si tú mismo hubieras sido el explorador de esa inmensa selva. No sé si realmente eso era lo que estaba confinado en las páginas del libro, porque mi mamá dice que nunca fuiste a la escuela, que nunca aprendiste a leer. Sin embargo, ahora que sé leer pequeños párrafos, ya no tengo el libro para volver a leer la historia.

Recuerdo que me hablabas de los animales de la selva, de aquellos peligrosos que están listos para atacarte ante cualquier atisbo de debilidad, y de los árboles de inmensas dimensiones que te hacían sentir pequeño y perdido. Yo me asustaba. Me asustaba lo desconocido y la soledad del explorador. Y recuerdo haberte preguntado un día: «Apá, si algún día llego a la selva, no sería suficientemente valiente para estar solo. ¿Me acompañarías en mi descubrimiento? Tal vez, si me ven contigo, las serpientes teman mordirme, los osos no me ataquen y los leones huyan del miedo de vernos».

Y respondiste con una sonrisa en la cara y me abrazaste, como solías hacer cuando decía algo que te hacía sentir orgulloso, impregnándome tu olor a campo mezclado con el olor de un día de trabajo largo: «Ay, mijo, pues claro que sí. Y de paso nos llevamos a la amá para que ella mate de un regaño a todos esos animaluchos».

Hace unos días, papá, a mi amá, a Lucía y a mí nos llevó don Jorge en la chiva a un lugar y ahí descubrí la selva que tanto temía. Pero esta selva no es como la retratada en los dibujos del libro. Esta selva no tiene la paleta de verdes vibrantes que recuerdo con tanta claridad, sino que una escala de grises y negros inunda el espacio. Aunque sí hay inmensos árboles rígidos y muy altos por donde mires, estos árboles no tienen hojas, ni tampoco parecen ser el hogar de hermosas criaturas. Por el contrario, las criaturas devoran a muchas personas. Probablemente sean esclavas de unos pequeños cuadraditos que cargan a todas partes.

Y te digo que parecen esclavas porque se niegan a mirarnos cuando mi amá les pregunta por una dirección o les pide algo de comer. Su actitud no se parece en nada a la de los vecinos del pueblo.

Con respecto a los animales salvajes, no te puedo decir que los haya enfrentado con la valentía que hubieses esperado de tu hijo mayor, ya que nos atacaron el primer día de nuestra travesía. Llegaron cuatro hombres sin rostro, con un cuchillo, y nos pidieron nuestras cosas.

Mi amá les dio el bolso donde guardaba la plástica que nos habían dado los del pueblo para el hostel y el transporte, y los fiambres de la semana que habían preparado mi amá y la señora Marta antes de partir. Recuerdo gritar y pedir ayuda, pero nadie atendió mi llamado. Como en la selva, un silencio nos respondió rotundamente a nuestros gritos de auxilio.

Estos días he soñado mucho con el pueblo y con un mundo en el que tú y yo hubiésemos ido a la selva verde. Y en mi sueño me abrazas y me dices lo orgulloso que estás de mí, lo mucho que me amas y cómo vas a seguir trabajando para mandarme a una tal universidad, para que hasta de pronto sea doctor, como Francisco, el médico que iba a la vereda a revisar a Lucía cuando estaba muy enferma.

La peor parte del día en esta selva de cemento son las tardes, porque se parecen mucho a la tarde de aquel día en la finca. Hacía frío y las cigarras ya habían empezado su canción. Llegaste un poco más temprano de lo habitual, te quitaste tus botas y entraste a saludar a mi mamá con una flor del campo en la mano. La besaste, me viste esperándote en la sala, como siempre, y me diste un beso suave en el pelo. Pero luego algo se sintió diferente. Llegó a mis narices el humo que venía de una de esas camionetas que pocas veces se veían en el pueblo. Los pasos fuertes de varias personas tocaron la puerta y vislumbré a los hombres de verde. Entraron con fuerza y nos apuntaron con un objeto negro a la cara. Las imágenes en mi mente son un poco borrosas, pero recuerdo que te alejaron de nosotros mientras me decías que cuidara a mi mamá y a Lucía. Un estallido. Un silencio.

Te extraño mucho, papá. Tengo mucho miedo de esta selva en la que estamos obligados a vivir ahora que no nos queda nada atrás. Pero te prometo que cuidaré tan bien a la mamá como tú hubieses querido.

## Segundo puesto

### El ave maría

María Gallego Mosquera

Univesidad Pontifica Bolivariana

#### I

Viajaba por zonas costeras, queriendo encontrar algo que me atara: un hogar, una oportunidad, una caricia. Llegué por los cuentos de los pueblos, por el susurro de que había magia.

María fue el nombre que tomé cuando me presenté en la isla. Con tilde, con M mayúscula. Al llegar se me otorgó un ático; era el techo de una casa de tres pisos. Paja y una madera donde poner mis pies; vivía con los pájaros. Había decidido que el tiempo allí podía ser indefinido, mientras encontraba cómo volver a caminar a casa.

Fisis era una isla del Pacífico, pueblo de pescadores, plátanos y serpientes sin veneno. Familias marrones y moradas crearon comunidad tiempo atrás. Estancada en el tiempo, no llegaba ni enfermedad, ni ciudad: era muralla de coral, árboles y lianas. Los fiseanos vestían con escamas secadas al sol, pintadas con manos de curanderas y lijadas por los callos ancianos.

Isak, el lancharo que transportaba todo dentro y fuera de Fisis, me ayudó a ubicarme en el pueblo. Él y el espacio eran iguales: silenciosos, acogedores y calurosos. Pronto, la rutina de la isla se acopló a mí. En mi timidez, solo Isak era mi compañía. Era callado y serio; prudente. Pasábamos los días leyendo, comiendo mangos y pescando para el trueque por mi estadía en el ático. Difusamente, los días y las noches eran de los dos.

Me acariciaba en las noches. Como si la oscuridad nos diera una nueva luz, tomaba mi cuerpo. Cuando amanecía, era como si el intimar no nos afectara. Éramos, de nuevo, Isak y María.

Caminaba por el pueblo en silencio. Observaba la vida en familia, los niños, las costumbres y sus rutinas. Siempre saludaban, como si fuera una clase de turista al que querían mostrarle buena cara. Yo no decía nada, parecía muda. Asumí que las palabras no habían llegado conmigo en la lancha.

Las hojas caídas y los frutos secos creaban caminos al norte, dónde no había más que playas rocosas, aves y la selva. Isak me decía que no fuera sola. Me advertía, con una contundencia poco común en la zona, que allí yo no pertenecía.

## II

La voz de los pájaros retumbaba en mi interior. Mañana, tarde y noche (aun cuando estaba aturdida por mis momentos de luz en la oscuridad) el sonido era único, chillón y burletero. Se posaban siempre en mi techo y me despertaban como acechadores, listos para reírse de lo que estuviera soñando. Isak salía con su lancha a trabajar, a veces todo el día, a veces por la mañana, casi nunca por la tarde. Mientras estaba sola empecé a observarlos con más atención.

Tal como miraba a los fiseanos, como miraba la oscuridad de Isak, como apreciaba el camino al norte. Poco a poco, sentí la valentía de seguirlos. Tomaba notas de su día, de sus movimientos. Los dibujaba y trataba de diferenciar uno del otro. Se perdían en las ventanas del pueblo y allá iba yo detrás. Era María la muda. Al parecer, era lo mismo ser muda que sorda. Mi silencio equivalía a no existir; poco me daban importancia. Así, arrimada a las ventanas detrás de los pájaros, escuchaba.

—Papá, ¿está soplando el mar?

—No, salga tranquilo. — Él conocía el mar y, con la punta de sus dedos, probaba el salitre que traía la brisa para aconsejar a su hijo.

El pájaro revoloteaba hasta otra ventana. Una por una, me entregaba más al saber de los Rosales, a las deudas de los Malemba, al amorío entre la niña de los Lucumi y el mayor de los hermanos Angola. Ahora, esto era parte de mi vida allí. Un nuevo ritual en el que yo no valía más que una palma, no resonaba ni como el mango cayendo del árbol.

### III

Las semanas se volvieron inteligibles la una de la otra. Isak estaba muy ocupado (o eso quería creer); ya solo lo veía en las noches, en nuestro apareamiento. Me daba igual. Para mí, mis pájaros me daban todo lo que necesitaba.

Era verano y había brisa allá donde no pertenecía; eso entendí de ellos y sus cantos. Volaban lejos con más frecuencia y yo estaba agonizante por seguirlos. Mientras más se alejaban, más perdía mi cordura.

Me decidí y me adentré en el norte. Fui en la noche, con la intención de no despertar a nadie. Ni al pueblo, ni a las aves, ni a la selva. Pensé que por la oscuridad que ya Isak me había otorgado con sus caricias, las lianas no me delatarían, las hojas no se romperían bajo mis pies y los frutos guiarían mi camino.

## IV

Era densa, fea, vasta. Si habían pasado días, semanas o minutos, no lo sabía, pero no encontré retorno. La oscuridad fue más certera que mi deseo de seguir el canto de mis amigos. Eran ecos que siempre me pedían llegar más cerca, pero no los encontraba. No hubo hambre, no tuve sueño. No había un Isak que me retuviera con calor.

Era la selva que me abrazaba. Ahora ella quería mi carne, lo blanco de mi piel para hacer brillar su opacidad. El tiempo hizo lo suyo. Fisis habló sin palabras y decidió quitarme mi silencio, darme pertenencia. *Me crecieron alas, nació un ropaje negro y las plumas me dieron mis cantos. Me volví Mariamulata.*

## V

*Ha llovido. Me refugio en un ventanal, miro la madera del árbol y canto.*

*un capitán ciego*

*se guía*

*con el sabor*

*de la sal*

*hablo*

*con el pielmorada*

*con el ojipálido*

*con el atrapamoscas*

*nos hacemos compañía*

*y le pregunto*

*su nombre  
no responde  
convergemos por la marea  
clavamos el mismo pulso  
donde el corazón para  
cuando el lancharo  
llega al puerto  
yo estoy adentro del baúl  
lista para mi entierro  
el muerto sigue  
mi destino  
cambiamos cuerpos  
por vidas  
que ninguno tiene.*



# **Festival de Creación Literaria para Niños y Jóvenes EAFIT**

## **Comité organizador**

Pregrado en Literatura EAFIT  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas  
Universidad de los niños EAFIT  
Área de Apropiación Social  
del Conocimiento EAFIT

## **Corrección de estilo**

Santiago Mejía Dugand

Septiembre de 2024 Edición # 7  
Medellín, Colombia

**Pregrado en Literatura**

Tel. (604) 2619500, ext. 9519

[literatura@eafit.edu.co](mailto:literatura@eafit.edu.co)

**Centro Cultural Biblioteca**

**Luis Echavarría Villegas**

Tel. (604) 2619500, ext. 9527

[promocionlectura@eafit.edu.co](mailto:promocionlectura@eafit.edu.co)

**Universidad de los niños EAFIT**

WhatsApp: +57 3013489335

[smzuluagac@eafit.edu.co](mailto:smzuluagac@eafit.edu.co)

**Área de Apropiación Social**

**del Conocimiento EAFIT**

[clopezot@eafit.edu.co](mailto:clopezot@eafit.edu.co)

**UNIVERSIDAD**  
**EAFIT**

[www.eafit.edu.co](http://www.eafit.edu.co)